



Cultura "social" en torno a Luis.

En esta viñeta vemos a todos los que han colaborado en ayudar a Luis. La familia, los profesionales, sus amigos, los profesores, sus compañeros de clase... Faltan, claro, aquellos que, en vez de ayudar, no han hecho sino complicar las cosas. Faltan los que no pueden comprender la situación, los desinformados, los que se dejan llevar por los prejuicios. Hay algo que me preocupa: ¿Somos tan *cortos de vista* que sólo nos damos cuenta de las cosas hasta que nos suceden a nosotros? Necesitamos *gafas*, o aun mejor, un gran telescopio que nos permita ver las cosas de *cerca*. Y sin embargo, los humanos tenemos cualidades que nos permiten ver más allá de lo que, con escasa nitidez, nos muestran los ojos. No es verdad que los árboles nos impidan ver el bosque, es el bosque el que enturbia la imagen particular de cada uno de los árboles y nos dificulta apreciar la diferencia entre ellos, su singularidad.

Según algunos de los últimos descubrimientos de los científicos, los humanos estamos predispuestos naturalmente para la empatía, para ponernos en el lugar de los otros, como veíamos antes. Pero también, a la vez, estamos "programados" para estar alerta, para la supervivencia, y por ello desconfiamos de lo nuevo y también de lo distinto. Establecemos pre-juicios automáticos cuyo objetivo es preservarnos de todo infortunio, de cualquier amenaza. Esos mecanismos, que están en todos nosotros, resultaban muy útiles cuando el hombre, hace millones de años, vivía rodeado de peligros que amenazaban su supervivencia. Actualmente, gracias a la evolución de nuestro cerebro, también podemos construir, en vez de pre-juicios, juicios razonables sobre lo que nos rodea. Ello nos permite estar más atentos y que sea naturalmente más beneficioso fijarse en lo que nos une, y no en lo que nos separa, en lo que nos iguala, en lo que compartimos. Las actitudes racistas, por ejemplo, son tan anacrónicas como esa costumbre de los hombres primitivos, que salían en busca de larvas e insectos para el desayuno. Con lo bueno que está el zumo de naranja. Con lo enriquecedora que es la diversidad.

El progreso no sólo consiste en el avance tecnológico que nos permite utilizar la web, chatear, o viajar en tren a más de trescientos kilómetros por hora. El progreso está también dentro de nosotros, cuando nos emocionamos, sentimos, y somos capaces de ver más allá de nuestras narices. Un excelente poeta francés del siglo XIX, Arthur Rimbaud, decía que "*hay que ser absolutamente moderno*". ¡Por supuesto que se podía ser moderno en el siglo diecinueve! La modernidad no tiene tanto que ver con el tiempo como con las actitudes. Para ser moderno, no basta con adquirir unas botas de cuero reluciente, visitar la discoteca de moda y presumir de tu nuevo modelo de reproductor de mp4. El hombre más moderno no es el que acelera y hace rugir su moto de 750 centímetros cúbicos en los semáforos en rojo de la vía pública, sino el otro hombre que, más silenciosamente que aquél, fomenta diariamente su potencial de empatía, solidaridad y tolerancia. Gracias a esos individuos cada vez se construirá un grupo, una ciudad, una sociedad más culta, sensible, evolucionada, en torno a Luis.